

De la pandemia a la comunidad: efectos sobre la escuela

Quim Brugué
 Universitat de Girona

Resumen

De la pandemia a la comunidad: efectos sobre la escuela

En un contexto de pandemia, el artículo plantea hasta qué punto la situación creada por la COVID-19 ha favorecido o no el reforzamiento de la comunidad. Ante este interrogante se reflexiona alrededor de dos hipótesis, una optimista y otra pesimista. La primera interpreta la crisis actual como una oportunidad de hacernos más fuertes como comunidad, mientras la segunda identifica los peligros que el miedo comporte tentaciones populistas. La discusión de estos escenarios se proyecta, pues, en primer lugar, en un debate sobre el futuro de la democracia. También, en segundo lugar, usamos el funcionamiento de las escuelas para ilustrar el impacto de la pandemia sobre el sistema educativo. Observamos las limitaciones que mostraron durante la primera ola de la COVID-19 y sugerimos la necesidad de escuelas que se centren en las personas y en la comunidad como la mejor receta para adaptarse a contextos de alta complejidad.

Palabras clave: Pandemia, comunidad, democracia, escuela

Abstract

From the pandemic to the community: effects on the school

In the context of a pandemic, the article poses the question whether or not the situation created by COVID-19 has favored the reinforcement of a community feeling. In light of this question, the article presents and discusses two hypotheses, an optimist one and a pessimist one. The first interprets the current crisis as an opportunity for enforcing the community, while the second identifies the dangers of the so-called populist temptation. Therefore, the discussion of these two scenarios is projected, in the first place, in a debate on the future of democracy. Secondly, we use the functioning of schools to illustrate the impact of the pandemic on the education system. We look at the limitations they showed during the first wave of COVID-19 and suggest the need for schools that focus on people and the community as the best way to adapt to highly complex contexts.

Keywords: Pandemics, community, democracy, school

Introducción: cambios y continuidades

Ante situaciones de crisis tan intensas como la pandemia que estamos viviendo, es frecuente afirmar -probablemente con un exceso de rotundidad- que nada será ya como antes. Estas crisis profundas provocarían que nos replanteáramos las inercias cotidianas y, de este modo, tendrían un efecto transformador sobre nuestra forma de vivir y convivir. Cuando durante los primeros meses de confinamiento domiciliario salíamos a los balcones para aplaudir a los sanitarios, parecía que nuestra vinculación con el sector público y sus trabajadores se estaba transformando. Ya no eran funcionarios parásitos sino imprescindibles servidores públicos, casi héroes. Cuando

hacíamos la compra para un vecino con problemas de movilidad, parecía que la colaboración y la solidaridad superaban por fin el individualismo y el egoísmo que impregna nuestra sociedad. Ya no eran extraños a los que ni siquiera mirábamos, sino vecinos y vecinas de quienes nos sentíamos responsables. Y cuando sufríamos con la enfermedad y la muerte de familiares y amigos, parecía que nuestros valores y nuestra manera de afrontar la vida ya nunca serían como antes. Dejaríamos de lado las banales y superficiales preocupaciones para dar importancia a aquello que realmente tiene.

Es frecuente invocar aquella conocida máxima según la cual las crisis son oportunidades. De ésta *saldremos más fuertes*, pronosticamos; *saldremos mejores*, afirmamos. La sensación de punto de inflexión impregna los momentos de crisis, también cuando pensamos en nuestra forma de organizarnos y de gobernarnos como sociedad:

“Cuando los desastres adquieren una dimensión catastrófica, no sólo los gobiernos sino el conjunto del sistema afronta una crisis de legitimidad”. (Achen&Bartels, 2016: 117)

Pero estas transformaciones que nos fortalecen acostumbran a ser menos radicales de lo que esperábamos. Una vez recuperada la normalidad, la realidad parece ir resituando las cosas en el lugar donde estaban. Después de la crisis económica de 2007, por ejemplo, parecía que nos habíamos dado cuenta del peligro de la efervescencia financiera y de la trampa que suponen las burbujas inmobiliarias, pero volvimos a caer en las mismas trampas. Hay quién se refiere al modelo económico capitalista actual como una droga que genera una adicción destructiva. De manera más racional, Schäfer &Streck (2013) analizan la falta de credibilidad de los proyectos que prometen superar los cuellos de botella del actual modelo socioeconómico.

Es pronto para prever cuáles serán los efectos de la COVID-19, pero sí hemos podido observar como aquel espíritu solidario inicial se ha ido transformando en reclamaciones indignadas por parte de varios sectores sociales y económicos y en dificultades en la hora de controlar el comportamiento individualista de partes significativas de la población. También en peleas políticas en las que el sufrimiento se instrumentaliza y se pone al servicio de los intereses de parte. De hecho, parecería -usando la metáfora de Diamond (2006)- que nuestra sociedad es como una gran roca que ya ha empezado el descenso por la pendiente y, una vez iniciada la bajada, resulta ya imposible pararla. El peso y la inercia resultan imparables. Para este reputado académico, las sociedades atraviesan una especie de punto crítico y, una vez cruzada la línea, ya no tienen marcha atrás. Analizando el caso de la isla de Pascua, observa el proceso que la condujo a su extinción y concluye que llegó un momento en el que aquella comunidad era incapaz de dejar de hacer aquello que la llevaba al colapso. Sabían que su problema era la deforestación, pero eran incapaces de dejar de talar árboles que servían para hacer ofrendas a unos Dioses a los que invocaban para parar la deforestación. La roca bajaba imparables por la pendiente.

Para los más pesimistas, pues, nuestra sociedad ha atravesado este punto crítico. Ya sabemos que nuestro comportamiento colectivo provoca las pandemias, que las crisis económicas y la emergencia climática están acercándonos al colapso; pero, a pesar de saberlo,

somos incapaces de parar o de modificar los comportamientos que explican esta dinámica destructiva. Esta perspectiva, en todo caso, contrasta con la de aquellos más optimistas que, como apuntábamos anteriormente, invocan el carácter depurador y transformador de las crisis. No estaríamos en una carrera hacia la extinción, como en la isla de Pascua, sino propiciando un momento de reflexión y concienciación colectiva que nos permitiría modificar el rumbo de nuestras sociedades.

Es en este debate entre optimistas y pesimistas donde queremos situar este texto. Un documento en el que nos preguntamos por los efectos de la pandemia de la COVID-19 sobre nuestras comunidades. Es decir, ¿se trata de una crisis que nos cambiará y permitirá abordar los retos de futuro de una forma diferente -y eventualmente mejor- que hasta ahora? O, al contrario, ¿esta crisis solo sirve para acercarnos y empujarnos al precipicio? Finalmente, en el marco de este interrogante haremos también una reflexión más específica sobre los impactos que todo ello puede tener sobre nuestro modelo educativo.

¿Por fin el retorno de la comunidad?

Definimos, pues, el objeto de este artículo en reflexionar sobre el impacto de la COVID-19 en nuestras sociedades en términos de si reforzará las dinámicas individualistas de las últimas décadas o si, al contrario, facilitará un viraje hacia lógicas comunitarias. Podríamos abordar este debate desde diferentes perspectivas, pero ahora lo haremos desde la ciencia política o, más concretamente, desde la reflexión sobre qué tipo de ciudadanía y de democracia puede aparecer en un futuro próximo. Una especulación sobre posibles escenarios de futuro en la que presentaré tanto la versión más optimista como la más pesimista.

En marzo de 2020, casi sin darnos cuenta, nos encontramos confinados domiciliariamente, vimos cómo se limitaba nuestra movilidad, cómo se transformaba nuestra actividad laboral y cómo se generaban nuevas tensiones sociales. Un trastorno que, por su profundidad, podría tener un efecto significativo sobre nuestra sociedad. Para valorar este efecto, iniciaremos nuestra reflexión haciendo mención a las reacciones de la ciudadanía ante la pandemia. Unas reacciones que pueden ser, por un lado, de indignación y miedo o, por otro lado, de reconocimiento y valentía. Nuestra hipótesis es que el impacto de la crisis de la COVID-19 sobre la comunidad dependerá de qué tipo de reacción acabe imponiéndose.

La primera reacción, de hecho, la recogí a través de mis alumnos universitarios. Todos estábamos confinados, desconcertados anímicamente por una situación inédita y poniendo a prueba nuestras habilidades tecnológicas para continuar con la actividad docente de manera virtual. En este contexto, consideré que no podíamos aislarnos de la pandemia e intenté introducirla en la asignatura que estaba impartiendo sobre modelos de gestión de políticas sociales y educativas. Lo hice planteando un interrogante que nos debería permitir debatir sobre

cómo se toman las decisiones que afectan a asuntos de alta complejidad. Concretamente, les dirigía la siguiente pregunta: *ante esta situación excepcional provocada por la COVID-19, ¿tenemos que hacer, de manera estricta y obediente, aquello que nos indican los expertos epidemiólogos o tenemos que generar un debate público que nos ayude a incorporar otras perspectivas a la toma de decisiones?*

Ante este interrogante, y recordando que eran las primeras semanas de la pandemia, la respuesta de mis alumnos fue inmediata y unánime: *por supuesto, tenemos que hacer aquello que nos indiquen los profesionales, sin ninguna concesión a un debate público que se interpretaba como una intolerable politización que solo ponía en peligro la vida de muchas personas*. Las semanas siguientes continuamos discutiendo sobre este tema y, de hecho, los alumnos redactaron un ensayo argumentando sus posiciones a finales de curso. La mayoría, unos meses después, habían modificado o matizado su respuesta inicial.

En todo caso, su primera reacción había sido de miedo e indignación: miedo ante una enfermedad desconocida que se contagiaba rápidamente e indignación ante unas decisiones que se tomaban sin la claridad, la contundencia y la certeza que esperaban. Miedo e indignación porque nadie era capaz de solucionar el problema, porque no entendían las dudas y porque querían respuestas inmediatas y definitivas. De hecho, dejadme decirlo de este modo, el miedo los llevaba a buscar un *salvador* que ofreciera soluciones milagrosas. Y también indignación porque, a pesar de resistirse, se daban cuenta que los milagros no existen. Puede parecer que todo ello era una situación muy coyuntural, pero el miedo y la indignación han sido un rasgo distintivo de nuestra sociedad durante las últimas décadas (Lizoain, 2017; Riemen, 2018; Davies, 2018). La pandemia solo intensificaba esta percepción, poniendo a cuerpo descubierto nuestra fragilidad. Nos hemos sentido amenazados y hemos reaccionado con miedo. Ya sabíamos que somos vulnerables, pero ahora pasábamos de las reflexiones teóricas de autores como Beck (1998) o Judt (2010) a una experiencia práctica que nos afectaba a todos y todas.

Esta reacción de miedo e indignación se caracteriza por cerrar los ojos y no aceptar nuestra fragilidad, soñando que alguien nos ayudará a superar las dificultades. No asumimos que la vulnerabilidad nos define y, por lo tanto, nos resulta inaceptable. Una reacción que nos lleva a buscar salvadores o, mejor, *falsos salvadores* que proclaman *falsas respuestas* y ofrecen *falsas seguridades*. Una reacción que, en términos colectivos, conducen hacia lo que Todorov (2012) denomina los enemigos íntimos de la democracia y Urbinati (2014) define como las desfiguraciones de una democracia que cae en la tentación epistémica o en la trampa del populismo.

Así, por un lado, la pandemia ha situado el conocimiento experto en el centro de un debate que -recordándonos a Platón- enfrenta la confianza más absoluta en los sabios con la desconfianza más radical en los políticos. En la versión más drástica, ejemplificada en el polémico trabajo de Brennan (2017), nos encontramos con una defensa tan encarnizada de las indicaciones de los expertos que acaba dejando sin sentido el abordaje democrático de los problemas colectivos. De todos modos, la propia experiencia pandémica desmiente esta

confianza absoluta en unos especialistas que, si nos damos cuenta, han expresado puntos de vista diversos, han cambiado frecuentemente de opinión y han acabado sucumbiendo también al propio juego de los intereses políticos y partidistas.

Por otro lado, la COVID19 también ha abierto la puerta a respuestas populistas. Ante la complejidad desconcertante y los miedos que despierta la pandemia, el populismo ofrece tanto la seguridad de respuestas simples como la aparición de un liderazgo fuerte y decidido que sabe lo que hay que hacer. Nos ofrece la tranquilidad que suplicamos desde el miedo y la no aceptación de un problema que nos desborda (Vallespín & Bascuñán, 2017; Lassalle, 2017). Cuando no sabemos cómo responder y no divisamos las salidas, el populismo ofrece soluciones simples y directas; mientras que sus liderazgos no pierden tiempo pensando, actúan. Prefieren buscar culpables e insultarlos, esperando que la COVID-19 desaparezca por ella misma. Esta respuesta no detiene el virus, pero nos facilita adoptar una postura de segura indignación.

En contraste con esta primera reacción, la segunda convierte la negación en reconocimiento y el miedo en valentía. La pandemia sería una oportunidad para conseguir que los ciudadanos reconociéramos tanto nuestra vulnerabilidad como la necesidad de abordarla contando con la colaboración de los otros. Los retos que hoy tenemos que afrontar -y la COVID-19 sería solo un ejemplo- nos desbordan y solo pueden ser afrontados desde respuestas comunitarias. Reconocer la debilidad y apostar por compartirla con otros es un acto de valentía que no encontramos en la negación histérica y en la búsqueda de falsos salvadores. Estamos, pues, ante una curiosa paradoja: la fortaleza de la fragilidad. Es decir, solo seremos fuertes colectivamente si asumimos nuestra debilidad individual; una idea que se tiene que proyectar tanto en nuestra actitud individual como en la relación con las formas democráticas de gobernarnos. Así, ante un reto como el que nos conduce la pandemia, las respuestas individuales no tienen posibilidades de éxito. No sirven las apelaciones al *sálvese quien pueda*. O nos salvamos todos o no se salva nadie. Como ya apuntaba Beck (1998), fracasamos cuando intentamos afrontar los inmensos problemas colectivos con las exiguas fuerzas de nuestras biografías individuales.

Profundizando en el tipo de comportamientos cívicos ante la complejidad, resulta especialmente interesante la distinción entre personas *racionales* y personas *razonables* que nos propone Chambers (2002). Ser racional implica calcular lo más conveniente para defender los intereses propios, mientras que ser razonable supone entender las preferencias de los otros, aunque sea desde la discrepancia. Invocando la racionalidad podemos tener una apariencia de fortaleza individual, pero es un espejismo. La razonabilidad, en cambio, nos une y multiplica exponencialmente nuestras fuerzas individuales. Ser racional ante la pandemia se traduce al exigir respuestas a *mis* problemas, mientras que ser razonable comporta entender que tenemos que abordar *nuestros* problemas. Invocamos, pues, a una ciudadanía que escucha, empatiza y, a pesar del conflicto, es capaz de avanzar juntos, colaborando y, en definitiva, articulando respuestas democráticas. Respuestas que ni son los dictados de los expertos ni las promesas populistas. En este punto, mis estudiantes empezaban a dudar respecto sus primeras reacciones.

En definitiva, ante el interrogante sobre los impactos de la pandemia en la comunidad se abren dos escenarios alternativos. Si nos domina el miedo podríamos estar propiciando un escenario donde se reforzaría el individualismo, mientras que el escenario de un posible retorno de la comunidad dependería de nuestra valentía a la hora de reconocer que dependemos los unos de los otros. Todo depende de nosotros; de cómo reaccionamos ante la complejidad del reto que nos ha puesto sobre la mesa la COVID-19.

Probablemente me sentiría cómodo y satisfecho anticipando que seremos valientes y que, ante la pandemia, reforzaremos las respuestas comunitarias, pero lo cierto es que no tenemos evidencias. Este es un escenario difícil, que exigirá recorrer un camino muy pedregoso. Volviendo a la metáfora de Diamond (2006) todavía no podemos saber si hemos atravesado la línea de no retorno o si, en cambio, todavía podemos modificar las decisiones que, desde hace ya muchas décadas, nos empujan hacia la pendiente. Hay indicios de ambas posibilidades, pues hemos sido testigos tanto de reacciones comunitarias que nos llenan de esperanza como de respuestas interesadas y egoístas que nos deprimen. En todo caso, en el próximo apartado nos trasladaremos a la escuela y apuntaremos algunas reflexiones sobre cómo este debate impacta en su funcionamiento.

Efectos sobre la escuela y la educación

La primera oleada de la COVID-19 cerró las escuelas y abrió una acalorada discusión sobre si el sistema educativo había conseguido responder o no a las diversas necesidades del alumnado en una sociedad tan diversa y compleja como la nuestra. Recientemente, Xavier Bonal y Sheila González repasaban este debate en un artículo con un título bastante ilustrativo, *Ni la escuela ni la sociedad estaban preparadas para aprender sin escuela presencial*. Desde una mirada crítica, consideran que la desaparición de la escuela presencial ha puesto de manifiesto una serie de deficiencias del modelo educativo. Los problemas probablemente ya estaban entre nosotros, pero la virtualidad los ha hecho más visibles e intensos:

“La desaparición de la institución escolar, desde la escuela infantil a la universidad, ha puesto de manifiesto el sentido de su existencia, cuestionado a menudo por la irrupción de plataformas digitales”. (Bonal & González, 2021)

Lo más interesante del artículo de Bonal y González es que van más allá de la función estrictamente educativa de la escuela y se preguntan sobre su impacto en términos de espacio de socialización, de herramienta para combatir la desigualdad social o de palanca para promover determinados valores compartidos. Establecen, así, una estrecha relación -inseparable, diría- entre lo que pasa dentro y fuera de los centros educativos, entre la escuela y la sociedad que la rodea. En esta misma dirección, desde la perspectiva de este artículo, podemos apuntar dos preguntas. Por un lado, ¿es la escuela el espacio donde aprendemos a estar juntos y, por lo tanto,

a abordar desde la colaboración los retos colectivos? Un interrogante clave, puesto que, según la respuesta que obtengamos, podemos esperar un tipo de reacción más individualista o más compartida ante un contexto como el que nos ha impuesto la pandemia. Y, por otro lado, ¿Cuál sería el modelo escolar que nos prepararía mejor para responder a los retos que hoy tenemos planteados? Abordando este segundo interrogante podremos reflexionar sobre las posibles lecciones que, en términos escolares, podemos extraer de la pandemia.

En primer lugar, aunque sea como hipótesis, partimos de un modelo educativo que pone el énfasis a conseguir un éxito individual que se acredita accediendo a un conjunto de competencias y contenidos homogéneos para todo el alumnado. No se considera que las escuelas tengan que ser un espacio para luchar contra la desigualdad social. Tampoco que sean una oportunidad para reforzar la comunidad, contribuir a la formación de ciudadanos críticos y, en definitiva, transformar la sociedad. De hecho, según varios estudios, el sistema educativo catalán se caracteriza por reforzar la segregación social; aislando a los diferentes y dificultando la posibilidad de estar juntos con los que no son como nosotros. La escuela, si estas hipótesis son ciertas, no solo no reforzaría la cohesión social, sino que la debilitaría.

La escuela, por lo tanto, no nos estaría enseñando ni a estar juntos con los diferentes ni a colaborar a la hora de hacer frente a problemas colectivos. Una escuela individualista y competitiva que, ante problemas que nos desbordan y no podemos controlar, como la COVID-19, nos deja con las únicas armas del miedo y la indignación. Una escuela que nos prepara para el *sálvese quien pueda*, pero que enmudece cuando las fuerzas individuales no son suficientes, ni siquiera las de los *mejores*. En definitiva, si los impactos de la pandemia dependen de la reacción de la ciudadanía, la educación tendría que tener un papel importante a la hora de modelar esta reacción. Y probablemente lo tiene, pero no en la dirección que esperaríamos; sin generar unos ciudadanos y unas ciudadanas que se unen y fortalecen la comunidad para, de este modo, ser capaces de articular una respuesta colectiva ante problemas que son colectivos.

Durante la pandemia hemos visto los límites del modelo educativo actual y, por lo tanto, la necesidad de revisar los cimientos. Llegamos pues al segundo interrogante y a la posibilidad de extraer alguna lección de la experiencia de los últimos meses. Lo haremos a través de tres ideas que no queremos presentar como sentencias. Al contrario, se trata de tres ideas genéricas que solo deberían servir para estimular y abrir el debate sobre nuestro modelo educativo y, especialmente, sobre su relación con la comunidad.

En primer lugar, propondríamos que la escuela modificara con más determinación su foco, dejando de centrarse en las materias que imparte y situando la atención principal en las personas con las cuales se relaciona; es decir, con el alumnado y con sus familias. En el momento de adaptarse a una situación marcada por la COVID-19, las dificultades del sistema escolar no estaban relacionadas con la carencia de capacidades de los docentes sino con el desconocimiento que, demasiado a menudo, tienen sobre quiénes son sus alumnos y sus familias. De hecho, los centros que mejor se han adaptado son aquellos que mantienen una relación más estrecha con el alumnado y sus familias. Y no es extraño en absoluto. El objetivo de la educación

no son las materias sino los chicos y las chicas, de forma que educar implica ponerlos en el centro y tener como principal objetivo contribuir a la formación de una ciudadanía sólida y equipada de los conocimientos y los valores necesarios para adaptarse a las incertidumbres del siglo XXI. Al contrario, mayoritariamente, tendemos a enseñar las certezas del siglo XX.

Situar a las personas en el centro también significa hacerlo con los y las maestras que conforman el sistema educativo. Hemos acabado sepultando a los profesores bajo una montaña de competencias a transmitir, de temarios a impartir, de contenidos obligatorios a explicar y de aplicativos de todo tipo a cumplimentar. Hemos pensado que había que detallar todas sus acciones, quizás desconfiando de su capacidad para tomar decisiones. Como resultado, los hemos bloqueado; hacen aquello que está previsto, pero no encuentran el espacio para atender, cuidar, ocuparse y formar a personas. Una vez escuché una frase -no puedo recordar la autoría- que decía: *profesor es aquel que explica lo que sabe, pero enseña lo que es*. Probablemente a los docentes hoy se nos pide que expliquemos muchas cosas, pero no se nos deja ser y, por lo tanto, no podemos enseñar nada.

Las personas -alumnado, familias, maestros- en el centro: esta es la primera lección que deberíamos extraer de la pandemia. La segunda, en la misma línea, nos insta a incorporar a otros profesionales y al conjunto de la comunidad. Las escuelas, presionadas por un contexto cada vez más complejo, han tendido a refugiarse detrás sus paredes. Ha sido una reacción destinada a protegerse, pero las ha debilitado. Las relaciones con el entorno -tal como ha mostrado la pandemia- no solo no debilitan a la escuela, sino que la fortalecen. De hecho, para responder a situaciones difíciles hay que sumar fuerzas y perspectivas, no encerrarse y evitar el tiempo de relación con los demás. En este sentido, refiriéndose al desbordamiento y a la impotencia que caracteriza la escuela cuando tiene que hacer frente a situaciones de complejidad, Marta Comas señala la importancia de sumar manos en un esfuerzo que debe ser necesariamente colectivo:

“A menudo, cuando la presión de escolarizar niños y adolescentes en situación de pobreza y con vidas familiares complicadas por la precariedad es muy grande, los equipos directivos sienten que les faltan manos para llegar a todo. Sienten impotencia. A veces, si tienen la ocasión de pararse a pensarlo y pueden compartir el análisis y la reflexión sobre las necesidades de estos niños y sus familias con otros profesionales del entorno, llegan a la conclusión que lo que les faltaba era más pericia. Ver las cosas desde otro ángulo, cambiar de perspectiva para dejar de hacer más del mismo”. (Comas, 2021)

Cuando haces este cambio de mirada, más abierta y plural, los resultados se multiplican. En vez del tradicional *que cada cual se ocupe de lo que le toca*, hoy necesitamos poner en práctica aquello del *entre todos lo haremos*. Esta es la razón por la cual la pandemia nos exige aprender a constituir ecosistemas educativos y a trabajar en red. La misma Marta Comas recoge la reflexión de la directora de un centro escolar: “hemos pasado de ser solo un centro educativo a devenir un nudo de la red comunitaria”. De manera similar, experiencias como las de El Prat del Llobregat se resumen a partir de su apuesta para facilitar los espacios de encuentro y relación:

“compartiendo juntas empezamos a construir una casa sin paredes, con muchas puertas y ventanas, el *Programa Interseccions*” (Marfil i Navarro, 2021)

Finalmente, casi a modo de conclusión, la tercera lección que nos ha ofrecido el contexto de la pandemia es que las escuelas, además de ser instituciones que enseñan, tendrían que ser también organizaciones con capacidad de aprender. Es decir, necesitamos escuelas que no utilicen las certezas para protegerse sino las incertidumbres para compartir dudas con su entorno y, como resultado de este compartir, aprender a responder a las necesidades del siglo XXI. La escuela, en definitiva, tiene que devenir un lugar donde estar juntos, donde construir comunidad y dónde, finalmente, como resultado de todo ello, no nos limitemos a producir individuos competentes, sino que aspiramos a generar inteligencia colectiva:

“(…) las propuestas que se despliegan en el marco de la cooperación resultan más inclusivas y creativas y generan experiencias significativas de aprendizaje porque se construyen desde la motivación y la emoción. (...) Ahora más que nunca, educación y cultura para acompañarnos emocionalmente en la incertidumbre, para comprendernos mejor a nosotros mismos, a los otros y a los retos globales actuales, para pensar con sentido crítico, cuestionando y contrastando la información, para imaginar, crear y expresarnos libremente, y para colaborar y cooperar desde la diversidad, haciendo de la acción transformación”. (Marfil i Navarro, 2021)

Referencias Bibliográficas

- ACHEN, Christopher H. & BARTELS, Larry M. 2016. *Democracy for Realist*. Princeton: Princeton University Press.
- BECK, Ulrik. 1998. *La Sociedad del Riesgo*. Barcelona: Paidós.
- BONAL, Xavier & GONZÁLEZ, Sheila. 2021. “Ni l’escola ni la societat estaven preparades per aprendre sense escola presencial”, *Pensem*, 20 de gener de 2021.
- BRENNAN, Jason. 2017. *Against Democracy*. Princeton: Princeton University Press.
- CHAMBERS, Simone. 2002. “Constitutional Referendums and Democratic Deliberation” en Mendelsohn, M. & Parkin, A. (eds.) *Referendum Democracy. Citizens, Elites and Deliberation in Referendum Campaigns*. London: Palgrave-Macmillan.
- COMAS, Marta. 2021. “De l’Equip Docent a l’Equip Educatiu”, *Educació* 360, 18 de gener de 2021.
- DAVIES, William. 2018. *Estados Nerviosos. Cómo las Emociones se han Aduñado de la Sociedad*. Madrid: Sexto Piso.
- DIAMOND, Jared. 2006. *Colapso. Por qué unes Sociedades Perduran y Otras Desaparecen*. Barcelona: Debate.
- JUDT, Tony. 2010. *El Món No Se’n Surt. Un Tractat sobre el Malestar del Present*. Barcelona: Magrana.

- LASSALLE, José María. 2017. *Contra el Populismo. Cartografía de un Totalitarismo Posmoderno*. Barcelona: Debate.
- LIZOAIN, David. 2017. *El Fin del Primer Mundo*. Madrid: Catarata.
- MARFIL, Leticia i NAVARRO, Joan Carles. 2021. “Interseccions: el Treball en Xarxa per l’Ampliació d’Oportunitats Educatives”, *Educació* 360, 18 de gener de 2021.
- RIEMEN, Rob. 2017. *Para Combatir esta Era. Consideraciones Urgentes sobre Fascismo y Humanismo*. Barcelona: Taurus.
- SCHÄFER, Armin & STREECK, Wolfgang. 2013. *Politics in the Age of Austerity*. Cambridge: Polity.
- TODOROV, Tzvetan. 2012. *Los Enemigos Íntimos de la Democracia*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- URBINATI, Nadia. 2014. *Democracy Disfigured. Opinion, Truth and the People*. Cambridge: Harvard University Press.
- VALLESPÍN, Fernando & BASCUÑÁN, Marian. 2017. *Populismos*. Madrid: Alianza Editorial.

Correspondencia con el autor: *Quim Brugué*. E-mail: q.brugue@udg.edu